**Sustentabilidad de un proyecto político, económico, y social alternativo,
 y su prospectiva.**

**Carlos López López (\*)**

Celebro la continuidad de este Seminario desde hace 28 años, a la Dirección del Partido del Trabajo y en especial al Profesor Alberto Anaya por su consecuencia y su claridad política que ha posibilitado que dirigentes y militantes revolucionarios del mundo asistamos anualmente a esta convocatoria.

Desde siempre vivimos en un mundo en crisis. Pero el momento que nos está tocando vivir hoy es, verdaderamente, un cambio de época y todavía no podemos decir cuáles van a ser las características definitivas que va a tener.

Estamos transitando un cambio de escenario internacional que va a tener influencia y repercusión en la región latinoamericana y en el mundo todo. Un cambio geopolítico, un cambio económico, un cambio comercial, un cambio de la política mundial. Hoy podemos decir que la gobernanza internacional no puede resolver la crisis actual, no puede ordenarla ni canalizarla. No están funcionando ni los organismos de carácter político ni los de carácter económico o financiero.

Nosotros aspiramos a un mundo multipolar, porque es el que va a permitir a América Latina y el Caribe a desarrollarse con todos los polos de poder mundial.

Alternativo, ¿a qué?: a la globalización neoliberal. La mundialización a la que asistimos es el resultado de un largo proceso histórico social de la humanidad, pero su impronta responde a la lógica expansiva mundial del modo de producción capitalista en su versión más salvaje: la neoliberal. Y como tal, contiene, a escala planetaria, contrastes sociales y humanos insostenibles, que excluyen de sus beneficios a casi dos tercios de los habitantes del planeta*.* Se trata de una civilización que ha forjado un mundo polarizado y polarizante. Mientras una minoría disfruta del consumo y los avances científico-técnicos, la población mayoritaria de la periferia del mundo, a la que se suman bolsones de pobreza cada vez más grandes en muchos de los países centrales, son parte de “los condenados de la tierra”. Condenados a vivir menos y muy mal, excluidos del acceso al alimento, la salud, la educación, el trabajo y cualquier condición para una vida digna. Sometidos a múltiples formas de violencia cotidiana, privados de la palabra, negados en su cultura y en su identidad. En esta ausencia de humanidad, se incuban muchas formas de desesperación y de violencia, a las que, con ligereza, se ha pretendido demonizar como “fuerzas del mal”.

La crisis del sistema capitalista: Esta realidad global en la que estamos inmersos, es el resultado de un sistema que arrastra desde siempre contradicciones básicas que fueron identificadas como la semilla de su propia destrucción. Y al afirmar que el problema actual es que estas contradicciones ya no se pueden sostener, Wallerstein hacía hincapié en “el dilema de la acumulación”, en tanto razón de ser y actividad central de la civilización capitalista. Una primera constatación indicaría que el sistema ya no está en condiciones de asegurar incremento de la rentabilidad y acumulación incesante de capital apelando a las formas tradicionales para resolverlo. Es así que el intento por bajar costos a costa del salario y encontrar a su vez nuevos compradores, entraña una contradicción insalvable que impacta sobre los asalariados.

Junto a otros dilemas irresolubles, como la irrefrenable pérdida de legitimación política, pues se quebró hace tiempo la falsa ilusión sobre “el derrame de la copa”, se configuraría una situación de crisis, entendida como pérdida del equilibrio del sistema, al que éste ya no podría regresar, como sí ocurrió cíclicamente en otras oportunidades.

Ahora bien: para sostener la *supremacía* y financiar el fabuloso déficit de su economía, esta superpotencia se ha lanzado sin pudores a traspasar los límites de las formas tradicionales de apropiación y acumulación, para recurrir lisa y llanamente al saqueo de recursos. Ya no le resulta suficiente la asimetría económica, el accionar de las transnacionales y los organismos de crédito internacional para succionar dividendos de la periferia. Necesita apelar cada vez más a la fuerza; y dispone de un extraordinario poder militar, nunca alcanzado por país alguno, para encararlo. Todo lo cual acentúa irremediablemente la profundidad de la crisis del sistema, en tanto aumenta su deslegitimación.

Recolonización y apropiación de recursos estratégicos: Las nuevas formas a las que el imperio recurre es el “consenso” a través de argumentos pretendidamente más elevados, referidos a *la injerencia humanitaria*, *la preservación de la democracia* y muy especialmente *la lucha contra el terrorismo y el narcoterrorismo*. Política esta última que ya estaba diseñada en el esquema de Guerra de Baja Intensidad y articulada desde el Consenso de Washington. Y con cualquiera de estos argumentos no se trepida en quebrar el principio de autodeterminación de los pueblos.

Apuntan en nuestra región al control y explotación mediante el uso de la fuerza, de recursos naturales estratégicos a saber: el petróleo venezolano (primera reserva mundial), el gas boliviano (primera reserva continental), la biodiversidad amazónica (la más grande de la tierra), uno de los más grandes reservorios de agua dulce del planeta conocido como “Acuífero Guaraní” y El triángulo de litio (Argentina, Bolivia y Chile.). en Argentina el petróleo y gas de Vaca Muerta, Neuquén.

Todo este patrimonio está severamente amenazado. Y cada vez se disimula menos el propósito de acceder al mismo mediante la fuerza.

La respuesta de los pueblos y el destino de la humanidad: Afortunadamente, la agresividad del país imperial, con la que enmascara la profundidad de su crisis, coexiste con una formidable resistencia de los pueblos agredidos. Pueblos que se ven obligados a responder una y mil veces con violencia frente a la violencia imperial, pero que apuestan a la vida y a la paz. Claro que para pensar en la paz es imperioso imaginar y luchar sin tregua por un mundo justo e igualitario. Porque como todos sabemos, la paz es, ante todo, resultado de la justicia.

El desafío es enorme, pero la alternativa es una sola: el destino de la humanidad queda en manos de los pueblos o una camarilla enajenada, que pretende perpetuar este sistema a cualquier costo y en cualquier condición, nos conducirá a una tragedia de alcance planetario. Ante esta disyuntiva, partimos de una certeza: somos abrumadora mayoría los hombres y las mujeres que, en todos los continentes, estamos trabajando para que triunfen los pueblos. Somos conscientes que solo el protagonismo popular podrá modificar las realidades adversas. De lo que se trata es que nuestros pueblos vivan, todos los días un poco mejor

(\*) Carlos López López

Presidente del Observatorio del Pensamiento estratégico para la Integración Regional. (OPEIR)

Miembro de “La Patria es el Otro”

Argentina